



prieta los calzones, quedó en carnes y en pañales, y luego sin mas ni mas, dió dos zapatetas en el ayre, y dos tumbas la cabeza abaxo, y los pies en alto, descubriendo cosas que por no verlas otra vez, volvió Sancho la rienda á Rocinante, y se dió por contento y satisfecho de que podia jurar que su amo quedaba loco: y así le dexáremos ir su camino hasta la vuelta, que fué breve.

## CAPÍTULO XXVI.

*Donde se prosiguen las finezas, que de enamorado hizo Don Quixote en Sierra Morena.*

Y volviendo á contar lo que hizo el do la Triste Figura despues que se vió solo, dice la historia, que así como Don Quixote acabó de dar las tumbas, ó vueltas de medio abaxo desnudo, y de medio arriba vestido, y que vió que Sancho se había ido sin querer aguardar á ver mas sandeces, se subió sobre una punta de una

alta peña, y allí tornó á pensar lo que otras muchas veces habia pensado, sin haberse jamas resuelto en ello, y era, que qual seria mejor, y le estaria mas á cuento, inuitar á Roldan en las locuras desafortadas que hizo, ó á Amadis en las malencónicas (y), y hablando entre sí mesmo decia: si Roldan fué tan buen caballero y tan valiente como todos dicen, ¿que maravilla? pues al fin era encantado, y no le podia matar nadie, sino era metiéndole un alfiler de á blanca por la punta del pie, y él traia siempre los zapatos con siete suelas de hierro: aunque no le valieron tretas contra Bernardo del Carpio, que se las entendié y le ahogó entre los brazos en Roncesváles; pero dexando en él lo de la valentia á una parte, vengamos á lo de perder el juicio, que es cierto que le perdió por las señales que halló en la fuente (z), y por las nuevas que le dió el pastor, de que Angélica habia dormido mas de dos sestas con Medoro un Morillo de cabellos enrizados, y page de Agramante (t) : y si él entendié que esto era ver-

(y) Medoro fue page y amigo del sarraceno Duendin Durandino, no de Agramante. Véase una nota sobre estos personajes. (P. II, cap. I.)

dad, y que su dama le habia cometido desaguizado, no hizo mucho en volverse loco; pero yo; como puedo imitalle en las locuras, si no le imito en la ocasion dellas? porque mi Dulcinea del Toboso, osaré yo jurar que no ha visto en todos los dias de su vida Moro alguno, así como él es, en su mesmo traje (1), y que se está hoy como la madre que la parió: y hariale agravio manifesto, si imaginando otra cosa della, me volviese loco de aquel género de locura de Roldan el furioso: por otra parte

(1) Alusión contra los moriscos, porque vestidos del traje del pais, y hablando la lengua castellana, eran muchos de ellos verdaderos moros: y aunque Dulcinea no hubiese visto jamas ningun moro con turbante y cimenteros, veria algunos en su patria el Toboso, donde se sucedieron muchos moriscos traidos de las Alpujarras de Granada, como dixeron los naturales de aquel pueblo el año de 1575. en las *Relaciones* que pidió á los de España Felipe II. (tom. IV, cap. 7, que con otros existe en la Real Academia de la Historia) y así salieron de él el año de 1611, cincuenta y quatro familias, ó doscientos y sesenta y nueve personas, como dice el P. Fr. Marco de Guadalajara. (*Prodielion y destierro de los Moriscos de Castilla hasta el valle de Ricote*: fol. 59, b.) Esta avenida de los moriscos granadinos fue con otras la causa de la ex-catria poblacion á que llegó el lugar del Toboso, pues dice Don Diego de la Mota (*Origen de la Orden de Santiago*: p. 209) que el año de 1468, tenia ciento y quarenta vecinos, y el de 1598, mil y doscientos.

veo, que Amadis de Gaula, sin perder el juicio, y sin hacer locuras, alcanzó tanta fama de enamorado como el que mas, porque lo que hizo, segun su historia, no fué mas de que por verse desdenado de su señora Oriana, que le habia mandado que no pareciese ante su presencia hasta que fuese su voluntad: de que (1) se retiró á la Peña Pobre, en compañía de un ermitaño, y allí se hartó de llorar, hasta que el cielo le accorrió en medio de su mayor euita y necesidad: y si esto es verdad, como lo es, para que quiero yo tomar trabajo ahora de desnudarme del todo, ni dar pesadumbre á estos árboles, que no me han hecho mal alguno, ni tengo para que enturbiar el agua clara destes arroyos, los quales me han de dar de beber quando tenga gana? Viva la memoria de Amadis, y sea imitado de Don Quixote de la Mancha en todo lo que pudiere: del qual se dirá lo que del otro se dixo, que si no acabó grandes cosas, murió por acometellas (2): y si yo no soy desechado, ni

(1) Estas palabras están repetidas.

(2) Alusión á Faetonte, que rigiendo los caballos del Sol su padre, se precipitó. (Ovid. Metamorph. l. 11.)

desdeñado de mi Dulcinea, bástame, como ya he dicho, estar ausente della. Ea pues, manos á la obra, venid á mi memoria cosas de Amadis, y enseñadme por donde tengo de comenzar á imitaros; mas ya sé que lo mas que el hizo fué rezar, y así lo haré yo: y sirviéronle de rosario unas agallas grandes de un alcornoque, que ensartó, de que hizo un diez (1), y lo que le fatigaba mucho, era no hallar por allí otro ermitaño que le confesase, y con quien consolarse, y así se entretenia pascándose por el pradedillo, escribiendo y grabando por las cortezas de los árboles, y por la menuda arena muchos versos, todos acomodados á su tristeza, y algunos en alabanza de

(1) No solo los aventureros, sino los Dece Paros de Francia echaban mano del rezo en sus contratiempos, y alternativas de locucion y locura. Así del Conde Ulrich, después de haber repartido los despojos de la victoria del moro Aljarid á Soldan de Persia, dice el romance viejo:

*Solo él se retrata  
Sin querer algo tomarse,  
Armado de armas blancas  
Y cuentas para rezar,  
Y tan triste vida hacia  
Que no se puede contar.*

(Cancionero de Anvers: año de 1555, 16, fol. 10, b.)

Dulcinea; mas los que se pudieron hallar enteros, y que se pudiesen leer despues que á él allí le halláron, no fueron mas que estos que aquí se siguen:

Arboles, yerbas y plantas,  
que en aqueste sitio estais  
tan altos, verdes y tantas,  
si de mí mal no os holgais,  
escuchad mis quejas santas.  
Mi dolor no es alborote,  
aunque mas terrible sea,  
pues por pagáros escote,  
aquí lloró Don Quixote  
ausencias de Dulcinea  
del Toboso.

Es aquí el lugar adonde  
el amador mas leal  
de su señora se escucha,  
y ha venido á tanto mal,  
sin saber como, ó por donde.  
Trádele amor al cetrarote,  
que es de muy mala ralea:  
y así hasta henchir sin pipote,  
aquí lloró Don Quixote  
ausencias de Dulcinea  
del Toboso.

Buscando las aventuras  
por entre las duras peñas,  
maliciando entrafes duras,  
que entre riscos y entre broñas  
halla el triste desventura.  
Hízale amor con su azote,  
no con su blanda corre,

y en tornándole el escote,  
aquí lloró Don Quixote  
ausencias de Dulcinea  
del Toboso.

No causó poca risa en los que halláron los versos referidos, el añadidura *del Toboso* al nombre de Dulcinea, porque imagináron que debió de imaginar Don Quixote, que si en nombrando á Dulcinea, no decia tambien *el Toboso* no se podría entender la copla: y así fué la verdad como él despues confesó. Otros muchos escribió, pero como se ha dicho, no se pudieron sacar en limpio, ni enteros mas destas tres coplas. En esto, y en suspirar y en llamar á los Faunos y Silvanos de aquellos bosques, á las Ninias de los rios, á la dolorosa y húmida Eco, que le respondiesen, consolasen y escuchasen, se entretenia, y en buscar algunas yerbas con que sustentarse en tanto que Sancho volvía: que si como tardó tres dias, tardara tres semanas, el Caballero de la Triste Figura quedara tan desfigurado, que no lo conociera la madre que lo parió (1): y

(1) Esta penitencia de Don Quixote es uno de los pasos mas principales en que limitó á Amadís de Gaula, que, como

será bien dexalle envuelto entre sus suspiros y versos, por contar lo que le avino á

dixo Cervantes, era su original y modelo. Acabado Amadís de conquistar la Insula Firme, que era encantada: tenía siete leguas de largo y cinco de ancho, y por estar metida en el mar se llamaba *Insula ó Isola*; y por la parte de tierra por donde se estaba á ella, se llamaba *Firme*. Retirado después Amadís á la corte de Sobradía, donde reyesaba la hermana Ricianja, sabido la vía por Oriana, y llevada de unos imaginados zelos, escribió una carta llena de rabiosas quejas, mandándole no compareciese mas en su presencia: el sobrescrito de la carta decía así: yo soy la doncella *hoviada de punto de espada por el corazón*, *¡pues soy el que me feriste*: enviála por medio del doncel Buria, Reclola Amadís, leela, y desesperóse: dexa sus aventuras, y se retira á una selva á hacer penitencia: después de un escudero Gandalin: siente no poder hacerle grandes mercedes: dizale por Gobernador de la Insula Firme, al modo que con el tiempo llegó á serlo también Sancho Panza de la Barataria: da principio Amadís á su extravagante penitencia baxo la dirección de un ermitaño llamado Andalol, que vivía en una ermita, internada siete leguas en la mar, sobre una peña alta y estrecha, llamada la *Peña Pebre*: pide Amadís que le mude el nombre para no ser conocido; y atendidas su hermosa exterior y sus angustias interiores, le puso el de *Hellenbro*; á él de *el Belle tenebroso*, esto es, hermoso en el cuerpo, y triste, melancólico y opaco en el ánimo: y por eso dixa Cervantes que era nombre *significativo y propio*. Los ejercicios de su penitencia se reducían á asistir á vísperas, á confesarse con el ermitaño, á oír su misa, y rezar otras devociones; pero sobretudo á gemir, suspirar, y anegarse en lágrimas vivas, que las derramaba tan gordas como suces. No sabe que esta penitencia no proviava de devoción verdadera, sino de desesperación, y

Sancho Panza en su mandadería: y fué que en saliendo al camino real, se puso en

que en ella no se proponía Amadís otro fin, que el de volver á la gracia y amistad escandalosa de su señora Oriana. Porque los caballeros andantes componían con su moral poco rigida estas devotas apertencias con mil robos, con mil estropos, con mil injusticias y con mil insolencias, jugando que se compensaban estas fechorías con desafiar á jayanes á paganos (que por traer los libros de Caballerías orígenes de las cruzadas del Oriente, se suponían sarracenos ó turcos) peses á los matchaban en obsequio de la Religión, ó si se convertían y bautizaban, les conservaban la vida en obsequio de la misma. En medio de sus lágrimas componía también Amadís algunas canciones poéticas, que el mismo *entendable y cantada*; y por imitarle fingió también Cervantes á Don Quixote místico y poeta, como se ve aquí y en la *P. II, cap. XLVI*, quando con *una voz rozguilla* cantó á la vihuela un romance, compuesto y entonado por él, para que le oyese Abisidora: la doncella de la duquesa. Mas el penitente y enamorado manchego no se muestra tan devoto, como su prototipo; porque ni oía misa, ni asistía á vísperas, ni se confesaba, teniendo tan á mano el licenciado Pero Perez, su partero, especialmente el tiempo que anduvo en su compañía en Sierra Morena. Sin duda no quiso Cervantes mezclar las cosas sagradas con las profanas en esta ficción caballeresca; y aun el tiempo que faltó el cura al gobierno de sus feligreses, parece se puede disputar con el zelo que le llevó á sacar la oveja perdida de Don Quixote, y restituirlo al aprisco de un aldea, como en efecto la restituyó: en cuya vuelta y reducción intervinó la discreta Duquesa, como en la de Amadís la doncella de Dinamarca, que por medio de una carta que le entregó Oriana, le sacó de la ermita, y le llevó á Miraflores, cerca de Londres. *Amadís de Gaula*, lib. 2, cap. 44, y sig. lib. 3, cap. 63, lib. 4, cap. 28.

busca del del (a) Toboso, y otro dia llegó á la venta donde le habia sucedido la desgracia de la manta, y no la hubo bien visto, quando le pareció que otra vez andaba en los ayres, y no quiso entrar dentro, aunque llegó á hora que lo pudiera y debiera hacer, por ser la del comer, y llevar en deseo de gustar algo caliente, que habia grandes dias que todo era fiambre. Esta necesidad le forzó á que llegase junto á la venta, todavía dudoso si entraría, ó no, y estando en esto, salieron de la venta dos personas, que luego le conocieron, y dixo el uno al otro: digame, señor Licenciado, ¿aquel del caballo no es Sancho Panza, el que dixo el Ama de nuestro aventurero, que habia salido con su señor por escudero? Si es, dixo el Licenciado, yaquel es el caballo de nuestro Don Quixote: y conoticiéronle tan bien, como aquellos que eran el Cura y el Barbero de su mismo Lugar, y los que hicieron el escrutinio y acto (b) general de los libros: los quales así como acabaron de conocer á Sancho Panza y á Rocinante, descosos de saber de Don Quixote, se fuéron á él, y el Cura le llamó por su nombre, diciéndole: amigo Sancho Panza; ¿adonde queda

vuestro amo? Conociólos luego Sancho Panza, y determinó de encubrir el lugar y la suerte donde y como su amo quedaba: y así les respondió, que su amo quedaba ocupado en cierta parte y en cierta cosa que le era de mucha importancia, la qual él no podia descubrir por los ojos que en la cara tenia. No, no, dixo el Barbero, Sancho Panza, si vos no nos decis donde queda, imaginármolos, como ya imaginamos, que vos le habeis muerto y robado, pues venis encima de su caballo: en verdad que nos habeis de dar el dueño del rocín, ó sobre eso morena. No hay para que conmigo amenazas, que yo no soy hombre que robo ni mato á nadie, á cada uno mate su ventura, ó Dios que le hizo: mi amo queda haciendo penitencia en la mitad desta montaña muy á su sabor: y luego de corrida y sin parar les contó de la suerte que quedaba, las aventuras que le habian sucedido, y como llevaba la carta á la señora Dulcinea del Toboso, que era la hija de Lorenzo Corchuelo, de quien estaba enamorado hasta los ligados. Quedaron admirados los dos de lo que Sancho Panza les contaba, y aunque ya sabian la locura de Don Quixote, y el

género della, siempre que la oían se admiraban de nuevo: pidéronle á Sancho Panza que les enseñase la carta que llevaba á la señora Dulcinea del Toboso. El dixo que iba escrita en un libro de memoria, y que era órden de su señor, que la hiciese trasladar en papel en el primer Lugar que llegase, á lo qual dixo el Cura que se la mostrase, que él la trasladaria de muy buena letra. Metió la mano en el seno Sancho Panza, buscando el librito; pero no le halló, ni le podia hallar, si le buscara hasta ahora, porque se habia quedado Don Quixote con él, y no se le habia dado, ni á él se le acordó de pedirle. Quando Sancho vió que no hallaba el libro, fuésele parando mortal el rostro, y tornándose á tentar todo el cuerpo muy apriesa, tornó á echar de ver que no le hallaba, y sin mas ni mas se echó entrámbos puños á las barbas, y se arrancó la mitad dellas, y luego apriesa y sin cesar se dió media docena de puñadas en el rostro y en las narices, que se las bañó todas en sangre. Visto lo qual por el Cura y el Barbero, le dixéron, que ¿qué le habia sucedido, que tan mal se paraba? Que me ha de suceder, respondió Sancho, sino el haber

perdido de una mano á otra en un estante (c) tres pollinos, que cada uno era como un castillo. ¿Como es eso? replicó el Barbero. He perdido el libro de memoria, respondió Sancho, donde venia la carta para Dulcinea, y una cédula firmada de mi señor, por la qual mandaba que su Sobrina me diese tres pollinos de quatro, ó cinco que estaban en casa, y con esto les contó la pérdida del rucio. Consolóle el Cura, y dixole, que en hallando á su señor, él le haria revalidar la manda, y que tornase á hacer la libranza en papel, como era uso y costumbre, porque las que se hacían en libros de memoria, jamas se acetaban ni cumplian. Con esto se consoló Sancho, y dixo, que como aquello fuese así, que no le daba mucha pena la pérdida de la carta de Dulcinea, porque él la sabia casi de memoria, de la qual se podria trasladar, donde y quando quisiesen. Decidla, Sancho pues, dixo el Barbero, que despues la trasladáremos. Paróse Sancho Panza á rascar la cabeza para traer á la memoria la carta, y ya se ponía sobre un pie, y ya sobre otro: unas veces miraba al suelo, otras al cielo, y al cabo de haberse roído la mitad de la yema de un

dedo, teniendo suspensos á los que esperaban que ya la dixese, dixo al cabo de grandísimo rato: por Dios, señor Licenciado, que los diablos lleven la cosa que de la carta se me acuerda, aunque en el principio decia: *Alta y sobajada señora*. No dirá, dixo el Barbero, sobajada, sino sobrehumana, ó soberana señora. Así es, dixo Sancho: luego, si mal no me acuerdo, proseguia.... si mal no me acuerdo.... *el llagado y salto de sueño, y el ferido desta á vuestra merced las manos, ingrata y muy desconocida hermosa*: y no sé que decia de salud y de enfermedad que le enviaba, y por aquí iba escurriendo, hasta que acababa en: *Vuestro hasta la muerte el Caballero de la Triste Figura*. No poco gustaron los dos de ver la buena memoria de Sancho Panza, y alabáronsele mucho, y le pidieron que dixese la carta otras dos veces, para que ellos ansimesmo la tomasen de memoria, para trasladalla á su tiempo. Tornóla á decir Sancho otras tres veces, y otras tantas volvió á decir otros tres mil disparates: tras esto contó asimesmo las cosas de su amo; pero no habló palabra acerca del manceamiento que le habia sucedido en aquella venta,

en

en la qual rehusaba entrar: dixo tambien, como su señor, en trayendo que le truxese buen despacho de la señora Dulcinea del Toboso, se habia de poner en camino á procurar como ser Emperador, ó por lo ménos Monarca, que así lo tenían concertado entre los dos, y era cosa muy fácil venir á serlo, segun era el valor de su persona y la fuerza de su brazo: y que en siéndolo, le habia de casar á él, porque ya sería viudo, que no podia ser ménos, y le habia de dar por muger á una doncella de la Emperatriz, heredera de un rico y grande Estado de tierra firme, en Insulos, ni Insulas, que ya no las queria. Decia esto Sancho con tanto reposo, limpiándose de quando en quando las narices, y con tan poco juicio, que los dos se admiraron de nuevo, considerando quan vehemente habia sido la locura de Don Quixote, pues habia llevado tras sí el juicio de aquel pobre hombre. No quisieron cansarse en sacarle del error en que estaba, pareciéndoles, que pues no le dañaba nada la conciencia, mejor era dexarle en él, y á ellos les sería de mas gusto oír sus necesidades: y así le dixeron, que rogase á Dios por la salud de su señor, que cosa

111.

11



contingente y muy agible era venir con el discurso del tiempo á ser Emperador, como él decía, ó por lo ménos Arzobispo, ó otra dignidad equivalente. Á lo qual respondió Sancho: señores, si la fortuna rodease las cosas de manera, que á mi amo le viniere en voluntad de no ser Emperador, sino de ser Arzobispo, querría yo saber ahora, que suelen dar los Arzobispos andantes (1) á sus escuderos. Súenles dar, respondió el Cura, algun beneficio simple ó curado, ó alguna sacristanía que les vale mucho de renta rentada, amen del pie de altar que se suele estimar en otro tanto. Para eso será menester, replicó Sancho, que el escudero no sea casado, y que sepa ayudar á misa por lo ménos, y si esto es así, desdichado de yo, que soy casado, y no sé la primera letra del A. B. C. ¿Que será de mí, si á mi amo

(1) Al modo que lo fué en aquellos tiempos caballeresco el arzobispo Turpin, segun Luis Palci, en su *Morgante Magiore*; y en otros mas modernos se puede decir que lo fué tambien en cierta medida el arzobispo de Burdeos, que siendo almirante é general de la armada de Luis XIII, dió una batalla naval, el año de 1638, á Don Lope de Hozos, general de la nuestra. (*Real Biblioteca: est. H. cod. 72*)

le dá antojo de ser Arzobispo, y no Emperador, como es uso y costumbre de los caballeros andantes? No tengais pena, Sancho amigo, dixo el Barbero, que aquí rogarémos á vuestro amo, y se lo aconsejarémos, y aun se lo pondrémos en caso de conciencia, que sea Emperador y no Arzobispo, porque le será mas facil, á causa de que él es mas valiente, que estudiante. Así me ha parecido á mí, respondió Sancho; aunque sé decir, que para todo tiene habilidad: lo que yo pienso hacer de mi parte es, rogarle á nuestro Señor, que le oche á aquellas partes donde él mas se sirva y adonde á mí mas mercedes me haga. Vos lo decis como discreto, dixo el Cura, y lo haréis como buen christiano; mas lo que ahora se ha de hacer, es dar órden como sacar á vuestro amo de aquella inútil penitencia, que decis que queda haciendo: y para pensar el modo que hemos de tener, y para comer, que ya es hora, será bien nos entremos en esta venta. Sancho dixo que entrasen ellos, que él esperaba allí fuera, y que despues les diria la causa por que no entraba ni le convenia entrar en ella; mas que les rogaba, que le sacasen allí algo de comer, que fuese

cosa caliente, y asimismo cebada para Rocinante. Ellos se entraron y le dexaron, y de allí á poco el Barbero le sacó de comer. Despues habiendo bien pensado entre los dos el modo que tendrian para conseguir lo que deseaban, vino el Cura en un pensamiento muy acomodado al gusto de Don Quixote, y para lo que ellos querian, y fué, que dixo al Barbero, que lo que habia pensado era, que él se vestiria en hábito de doncella andante, y que él procurase ponerse lo mejor que pudiese, como escudero, y que así irian adonde Don Quixote estaba, fingiendo ser ella una doncella afligida y menesterosa, y le pediria un don, el qual él no podria dexársele de otorgar como valeroso caballero andante, y que el don que le pensaba pedir, era que se viniese con ella, donde ella le llevase, á desfacelle un agravio que un mal caballero le tenia fecho, y que le suplicaba ansimesmo, que no la mandase quitar su antifaz, ni la demandase cosa de su hacienda, fasta que la hubiese fecho derecho de aquel mal caballero, y que creyese sin duda, que Don Quixote vendria en todo quanto le pidiese por este término, y que desta manera le sacarian

de allí, y le llevarian á su Lugar, donde procurarian ver, si tenia algun remedio su extraña locura.

---



---

### CAPÍTULO XXVII.

*De como salieron con su intencion el Cura y el Barbero, con otras cosas dignas de que se cuenten en esta grande historia.*

No le pareció mal al Barbero la invencion del Cura, sino tan bien, que luego la pusieron por obra. Pidiéronle á la ventera una saya y unas tocas, dexándole en prendas una sotana nueva del Cura. El Barbero hizo una gran barba de una cola rucia ó roxa de buey, donde el ventero tenia colgado el peyne. Preguntóles la ventera, que para que le pedian aquellas cosas. El Cura le contó en breves razones la locura de Don Quixote, y como convenia aquel disfraz para sacarle de la montaña donde á la sazón estaba. Cayéron luego

el ventero y la ventera en que el loco era su huésped el del bálsamo, y el amo del manteado escudero, y contaron al Cura todo lo que con él les había pasado, sin callar lo que tanto callaba Sancho. En resolución, la ventera vistió al Cura de modo que no había mas que ver: púsole una saya de paño llena de fajas de terciopelo negro, de un palmo en ancho, todas acuchilladas, y unos corpiños de terciopelo verde guarnecidos con unos ribetes de raso blanco, que se debieron de hacer ellos y la saya en tiempo del Rey Wamba. No consintió el Cura que le tocasen, sino puso en la cabeza un birretillo de lienzo colchado, que llevaba para dormir de noche, y ciñóse por la frente una liga de tafetan negro, y con otra liga hizo un antifaz, con que se cubrió muy bien las barbas y el rostro: encasquetóse su sombrero, que era tan grande, que le podía servir de quitasol, y cubriéndose su herreruelo, subió en su mula á mugeriegas, y el Barbero en la saya, con su barba que le llegaba á la cintura, entre roxa y blanca, como aquella que, como se ha dicho, era hecha de la cola de un buey barroso. Despidiéronse de todos y de la

buena de Mariátornes, que prometió de rezar un rosario, aunque pecadora, porque Dios les diese buen suceso en tan arduo y tan christiano negocio como era el que habían emprendido; mas apénas hubo salido de la venta, quando le vino al Cura un pensamiento, que hacía mal en haberse puesto de aquella manera, por ser cosa indecente, que un Sacerdote se pusiese así, aunque le fuese mucho en ello: y diciéndoselo al Barbero, le rogó que trocasen trages, pues era mas justo que él fuese la doncella menesterosa, y que él haria el escudero, y que así se profanaba ménos su dignidad, y que si no lo queria hacer, determinaba de no pasar adelante, aunque á Don Quixote se le llevase el diablo. En esto llegó Sancho, y de ver á los dos en aquel trage, no pudo tener la risa. En efeto, el Barbero vino en todo aquello que el Cura quiso, y trocando la invencion, el Cura le fué informando el modo que había de tener, y las palabras que había de decir á Don Quixote para moverle y forzarle á que con él se viniese, y dexase la querencia del lugar que había escogido para su vana penitencia. El Barbero respondió, que sin que se le diese

licion, él lo pondría bien en su punto. No quiso vestirse por entónces hasta que estuviesen junto de donde Don Quixote estaba, y así dobló sus vestidos, y el Cura acomodó su barba, y siguiéron su camino, guiéndolos Sancho Panza, el qual les fué contando lo que les aconteció con el loco que halláron en la sierra, encubriendo empero el hallazgo de la maleta y de quanto en ella venia, que magüer que tanto, era un poco codicioso el manecbo. Otro dia llegáron al lugar donde Sancho habia dexado puestas las señales de las ramas para acertar el lugar donde habia dexado á su señor, y en reconociéndole, les dixo como aquella era la entrada, y que bien se podian vestir, si era que aquello hacia al caso para la libertad de su señor, porque ellos le habian dicho antes, que el ir de aquella suerte y vestirse de aquel modo, era toda la importancia para sacar á su amo de aquella mala vida que habia escogido, y que le encargaban mucho, que no dixese á su amo quien ellos eran, ni que los conocia, y que si le preguntase, como se lo habia de preguntar, si dió la carta á Dulcinea, dixese que sí, y que por no saber leer, le habia respon-

dido de palabra, diciéndole, que le mandaba, so pena de la su desgracia, que luego al momento se viniese á ver con ella, que era cosa que le importaba mucho, porque con esto y con lo que ellos pensaban decirle, tenían por cosa cierta reducirle á mejor vida, y hacer con él, que luego se pudiese en camino para ir á ser Emperador, ó Monarca, que en lo de ser Arzobispo no habia de que temer. Todo lo escuchó Sancho, y lo tomó muy bien en la memoria, y les agradeció mucho la intencion que tenían de aconsejar á su señor fuese Emperador, y no Arzobispo, porque él tenía para sí, que para hacer mercedes á sus escuderos, mas podian los Emperadores que los Arzobispos andantes: tambien les dixo, que seria bien que él fuese delante á buscarle, y darle la respuesta de su señora, que ya seria ella bastante á sacarle de aquel lugar sin que ellos se pusiesen en tanto trabajo. Parecióles bien lo que Sancho Panza decia, y así determináron de aguardarle, hasta que volviese con las nuevas del hallazgo de su amo. Entróse Sancho por aquellas quebradas de la sierra, dexando á los dos en una por donde corria un pequeño y

manso arroyo, á quien hacian sombra agradable y fresca otras peñas y algunos árboles que por allí estaban. El calor, y el dia que allí llegaron, era de los del mes de Agosto, que por aquellas partes suele ser el ardor muy grande, la hora las tres de la tarde, todo lo qual hacia al sitio mas agradable, y que convidase á que en él esperasen la vuelta de Sancho, como lo hicieron. Estando pues los dos allí sosedados y á la sombra, llegó á sus oídos una voz, que sin acompañarla son de algun otro instrumento, dulce y regaladamente sonaba, de que no poco se admiraron, por parecerles que aquel no era lugar donde pudiese haber quien tan bien cantase, porque aunque suele decirse, que por las selvas y campos se hallan pastores de voces extremadas, mas son encarecimientos de poetas, que verdades, y mas quando advirtieron, que lo que oían cantar eran versos, no de rústicos ganaderos, sino de discretos cortesanos, y confirmó esta verdad haber sido los versos que oyéron estos:

¿ Quien me poseaba mis bienes?

Dolores.

¿ Y quien aumentó mis dolores?

Los celos.

¿ Y quien prueba mi paciencia?

Ausencia.

De ese modo en mi dolencia

ningun remedio se alcanza,

pues me mata la esperanza,

dolores, celos y ausencia.

¿ Quien me causa este dolor?

Amor.

¿ Y quien mi gloria repuna?

Fortuna.

¿ Y quien consiente mi duela?

El cielo.

De ese modo yo me celo

morir desde mal extranjero,

pues se aunan en mi daño

amor, fortuna y el cielo.

¿ Quien mejorará mi suerte?

La muerte.

Y el bien de amor ¿ quien le alcanza?

Mudanza.

Y sus males ¿ quien los cura?

Locura.

De ese modo no es cordura

querer curar la pasión,

quando los remedios con

muerte, mudanza y locura.

La hora, el tiempo, la soledad, la voz y la destreza del que cantaba, causó admiracion y contento en los dos oyentes, los

quales se estuviéron quedos, esperando si otra alguna cosa oían; pero viendo que duraba algun tanto el silencio, determináron de salir á buscar el músico, que con tan buena voz cantaba, y queriéndolo poner en efeto, hizo la mesma voz que no se moviesen, la qual llegó de nuevo á sus oídos, cantando este soneto:

## SONETO.

Santa amistad, que con ligeras alas,  
Tu apariencia quedándose en el suelo,  
Entre benditas almas en el cielo  
Sinfate alegre á las impíresas alas.

Desde allí, quando quieras nos señalas  
En justa paz cubiertas con un velo,  
Por quien á veces se traslucen el zelo  
De buenas obras, que á la fin son malas.

Desde el cielo, á amistad, ó no permitas,  
Que el engaño se vista tu librea,  
Con que destruye á la intencion sincera:

Que si tus apariencias no le quitas,  
Presto ha de verse el mundo en la pelea  
De la discordie confusion primera.

El canto se acabó con un profundo suspiro, y los dos con atencion volviéron á esperar; si mas se cantaba; pero viendo que la música se habia vuelto en sollozos y en lastimeros ayes, acordáron de saber

quien era el triste, tan estremado en la voz, como doloroso en los gemidos, y no anduviéron mucho, quando al volver de una punta de una Peña, viéron á un hombre del mesmo talle y figura que Sancho Panza les habia pintado, quando les contó el cuento de Cardenio, el qual hombre, quando los vió, sin sobresaltarse estuvo quedo, con la cabeza inclinada sobre el pecho, á guisa de hombre pensativo, sin alzar los ojos á mirarlos mas de la vez primera, quando de improviso llegáron. El Cura, que era hombre bien hablado (como el que ya tenia noticia de su desgracia, pues por las señales le habia conocido) se llegó á él, y con breves, aunque muy discretas razones, le rogó y persuadió, que aquella tan miserable vida dexase, porque allí no la perdiese, que era la desdicha mayor de las desdichas. Estaba Cardenio entónces en su entero juicio, libre de aquel furioso accidente, que tan á menudo le sacaba de sí mesmo, y así viendo á los dos en trage tan no usado de los que por aquellas soledades andaban, no dexó de admirarse algun tanto, y mas quando oyó que le habian hablado en su negocio como en cosa sabida: porque las razones

que el Cura le dixo, así lo diéron á entender, y así respondió desta manera: bien veo yo, señores, quien quiera que seáis, que el cielo que tiene cuidado de socorrer á los buenos, y aun á los malos muchas veces, sin yo merecerlo me envia en estos tan remotos y apartados lugares del trato comun de las gentes algunas personas, que poniéndome delante de los ojos con vivas y varias razones, quan sin ella ando en hacer la vida que hago, ha procurado sacarme desta á mejor parte; pero como no saben que sé yo, que en saliendo deste daño, he de caer en otro mayor, quizá me deben de tener por hombre de flocos discursos, y aun lo que peor sería, por de ningún juicio, y no sería maravilla que así fuese, porque á mí se me trasluce, que la fuerza de la imaginacion de mis desgracias es tan intensa, y puede tanto en mi perdicion, que sin que yo pueda ser parte á estorbarlo, vengo á quedar como piedra, fulto de todo buen sentido y conocimiento, y vengo á caer en la cuenta desta verdad, quando algunos me dicen y muestran señales de las cosas que he hecho en tanto que aquel terrible accidente me señorea, y no sé mas que dolerme

en vano, y maldecir sin provecho mi ventura, y dar por disculpa de mis locuras, el decir la causa dellas á quantos oirra quieren, porque viendo los cuerdos qual es la causa, no se maravillarán de los efectos, y si no me dieren remedio, aloménos no me darán culpa, convirtiéndoseles el enojo de mi desevoltura en lástima de mis desgracias: y si es que vosotros, señores, venis con la mesma intencion que otros han venido, ántes que paseis adelante en vuestras discretas persuasiones, os ruego que escucheis el cuento, que no le tiene, de mis desventuras, porque quizá despues de entendido, aborrraréis del trabajo que tomáreis en consolar un mal que de todo consuelo es incapaz. Los dos, que no deseaban otra cosa que saber de su mesma boca la causa de su daño, le rogaron se la contase, ofreciéndole de no hacer otra cosa de la que él quisiese en su remedio ó consuelo: y con esto el triste caballero comenzó su lastimera historia casi por las mesmas palabras y pasos que la habia cantado á Don Quixote y al cabrero pocos dias atras, quando por ocasion del maestro Elisabat y puntualidad de Don Quixote en guardar el decoro á la caballería, se que-

dó el cuento imperfecto, como la historia lo dexa contado; pero ahora quiso la buena suerte, que se dexó el accidente de la locura, y le dió lugar de contarle hasta el fin: así llegando al paso del villete que habia hallado Don Fernando entre el libro de Amadis de Gaula, dixo Cardenio que le tenia bien en la memoria, y que decia desta manera:

## LUSCINDA Á CARDENIO.

*Cada día descubro en vos valores que me obligan y fuerzan á que en mas os estime, y así, si quisieredes sacarme desta deuda sin executarme en la honra, lo podréis muy bien hacer: padre tengo que os conoce, y que me quiere bien, el qual sin forzar mi voluntad, cumplirá la que será justo que vos tengais, si es que me estimais como decís y como yo creo.*

Por este villete me moví á pedir á Luscinda por esposa, como ya os he contado, y este fué por quien quedó Luscinda en la opinion de Don Fernando por una de las mas discretas y avisadas mugeres de su

su tiempo, y este villete fué el que le puso en deseo de destruirme ántes que el mio se efetuase. Dixele yo á Don Fernando en lo que reparaba el padre de Luscinda, que era en que mi padre se la pidiese, lo qual yo no le osaba decir, temeroso que no vendria en ello, no porque no tuviese bien conocida la calidad, bondad, virtud y hermosura de Luscinda, y que tenia partes bastantes para ennoblecer qualquier otro linage de España; sino porque yo entendia del, que deseaba que no me casase tan presto, hasta ver lo que el Duque Ricardo hacia conmigo. En resolucion le dixé, que no me aventuraba á decirselo á mi padre, asiporaquel inconveniente, como por otros muchos que me acobardaban, sin saber quales eran, sino que me parecia, que lo que yo desease, jamas habia de tener efecto. Á todo esto me respondió Don Fernando, que él se encargaba de hablar á mi padre, y hacer con él que hablase al de Luscinda. ¡O Mario ambicioso! ¡ó Catilina cruel! ¡ó Sila facineroso! ¡ó Galalon embustero! ¡ó Vellido traidor! ¡ó Julian vengativo! ¡ó Judas codicioso! Traidor, cruel, vengativo y embustero; que deservicios te habia hecho este triste, que con



tanta llaneza te descubrió los secretos y contenidos de su corazón? ¿Que ofensa te hice? ¿que palabras te dixé, ó que consejos te di, que no fuesen todos encaminados á acrecentar tu honra y tu provecho? Mas ¿de que me quejo, desventurado de mí, pues es cosa cierta, que quando traen las desgracias la corriente de las estrellas, como vienen de alto abaxo, despeñándose con furor y con violencia, no hay fuerza en la tierra que las detenga, ni industria humana que prevenirlas pueda? ¿Quien pudiera imaginar que Don Fernando, caballero ilustre, discreto, obligado de mis servicios, poderoso para alcanzar lo que el deseo amoroso le pidiese, donde quiera que le ocupase, se habia de enconar, como suele decirse, en tomarme á mí una sola oveja, que aun no poseia! Pero quédense estas consideraciones aparte, como inútiles y sin provecho, y añádelnos el roto hilo de mi desdichada historia. Digo pues, que pareciéndole á Don Fernando, que mi presencia le era inconveniente para poner en execucion su falso y mal pensamiento, determinó de enviarme á su hermano mayor, con ocasion de pedirle unos dineros para pagar seis caballos, que de in-

industria y solo para este efeto de que me ausentase, para poder mejor salir con su dañado intento, el mesmo dia que se ofreció hablar á mi padre los compró, y quiso que yo viniese por el dinero. ¿Puede yo prevenir esta traicion? ¿puede por ventura caer en imaginarla? No por cierto, ántes con grandísimo gusto me ofrecí á partir luego, contento de la buena compra hecha. Aquella noche hablé con Luscinda, y le dixé lo que con Don Fernando quedaba concertado, y que tuviese firme esperanza de que tendrian efeto nuestros buenos y justos deseos. Ella me dixo, tan segura como yo de la traicion de Don Fernando, que procurase volver presto, porque creia que no tardaria mas la conclusion de nuestras voluntades, que tardase mi padre de hablar al suyo. No sé que se fué, que en acabando de decirme esto, se le llenaron los ojos de lágrimas, y un nudo se le atravesó en la garganta, que no le dexaba hablar palabra de otras muchas que me pareció que procuraba decirme. Quedé admirado deste nuevo accidente hasta allí jamas en ella visto, porque siempre nos hablábamos las veces que la buena fortuna y mi diligencia le concedia con todo rego-

cijo y contento, sin mezclar en nuestras pláticas lágrimas, suspiros, zelos, sospechas, ó temores: todo era engrandecer yo mi ventura, por habérmela dado el cielo por señora: exágeraba su belleza, admirábame de su valor y entendimiento, volvíame ella el recambio, alabando en mí lo que como enamorada le parecia digno de alabanza. Con esto nos contábamos cien mil niñerías y acacimientos de nuestros vecinos y conocidos, y á lo que mas se extendia mi desenvoltura, era á tomarle casi por fuerza una de sus bellas y blancas manos, y llevarla á mi boca, segun daba lugar la estrechez de una baxa reja que nos dividia; pero la noche que precedió al triste dia de mi partida, ella lloró, gimió y suspiró, y se fué y me dexó lleno de confusion y sobresalto, espantado de haber visto tan nuevas y tan tristes muestras de dolor y sentimiento en Lusinda; pero por no destruir mis esperanzas, todo lo atribuí á la fuerza del amor que me tenia, y al dolor que suele cansar la ausencia en los que bien se quieren. En fin yo me parti triste y pensativo, llena el alma de imaginaciones y sospechas, sin saber lo que sospechaba, ni imaginaba: claros indicios

que mostraban el triste suceso y desventura que me estaba guardada. Llegué al Lugar donde era enviado: di las cartas al hermano de Don Fernando: fuí bien recibido, pero no bien despachado, porque me mandó aguardar, bien á mi disgusto, ocho dias, y en parte donde el Duque su padre no me viese, porque su hermano le escribia, que le enviase cierto dinero sin su sabiduria: y todo fué invencion del falso Don Fernando, pues no le faltaban á su hermano dineros para despacharme luego. Orden y mandato fué este, que me puso en condicion de no obedecerle, por parecerme imposible sustentar tantos dias la vida en el ausencia de Lusinda, y mas habiéndola dexado con la tristeza que os he contado; pero con todo esto obedecí como buen criado, aunque veia que habia de ser á costa de mi salud; pero á los quatro dias que allí llegué, llegó un hombre en mi busca con una carta que me dió, que en el sobrescrito conocí ser de Lusinda, porque la letra dél era suya. Abríla temeroso y con sobresalto, creyendo que cosa grande debia de ser la que la habia movido á escribirme, estando ausente, pues presente pocas veces lo hacia. Pre-

guntéle al hombre, ántes de leerla, quien se la habia dado y el tiempo que habia tardado en el camino: dixome, que acaso pasando por una calle de la ciudad, á la hora de medio dia, una señora muy hermosa le llamó desde una ventana, los ojos llenos de lágrimas, y que con mucha priesa le dixo: hermano, si sois christiano, como pareceis, por amor de Dios os ruego, que encamineis luego luego esta carta al lugar y á la persona que dice el sobrescrito, que todo es bien conocido, y en ello haréis un gran servicio á nuestro Señor: y para que no os falte comodidad de poderlo hacer, tomad lo que va en este pañuelo: y diciendo esto, me arrojó por la ventana un pañuelo, donde venian atados cien reales y esta sortija de oro que aquí traigo, con esa carta que os he dado: y luego sin aguardar respuesta mia, se quitó de la ventana, aunque primero vió como yo tomé la carta y el pañuelo, y por señas le dixé, que haria lo que me mandaba: y así viéndome tan bien pagado del trabajo que podia tomar en traérsela, y conociendo por el sobrescrito que érades vos á quien se enviaba, porque yo, señor, os conozco muy bien, y obligado asimesmo de las lágrimas de

aquella hermosa señora, determiné de no fiarme de otra persona, sino venir yo mesmo á dársela, y en diez y seis horas que ha que se me dió, he hecho el camino que sabeis, que es de diez y ocho leguas. En tanto que el agradecido y nuevo correo esto me decia, estaba yo colgado de sus palabras, temblándome las piernas de manera que apenas podía sostenerme. En efeto abrí la carta, y ví que contenia estas razones:

*La palabra que Don Fernando os dió, de hablar á vuestro padre para que hablase al mio, la ha cumplido mas (n) en su gusto que en vuestro provecho. Sabed, señor, que él me ha pedido por esposa, y mi padre llevado de la ventaja que él piensa que Don Fernando os hace, ha venido en lo que quiere con tantas véras, que de aquí á dos dias se ha de hacer el desposorio, tan secreto y tan á solas, que solo han de ser testigos los cielos y alguna gente de casa. Qual yo quierdo, y si os quiero bien, ó no, el suceso deste negocio os lo dará á entender. A Dios plega, que esta llegue á vuestras manos,*

*antes que la mia se vea en condicion de juntarse con la de quien tan mal sabe guardar la fe que promete.*

Estas en suma fuéron las razones que la carta contenia, y las que me hicieron poner luego en camino, sin esperar otra respuesta, ni otros dineros: que bien claro conocí entónces, que no la compra de los caballos, sino la de su gusto, habia movido á Don Fernando á enviarme á su hermano. El enojo que contra Don Fernando concebí, junto con el temor de perder la prenda que con tantos años de servicios y deseos tenia grangecada, me pusieron alas, pues casi como en vuelo, otro dia me puse en mi Lugar al punto y hora que convenia para ir á hablar á Luscinda. Entré secreto, y dexé una mula en que venia en casa del buen hombre que me habia llevado la carta, y quiso la suerte que entónces la tuviese tan buena, que hallé á Luscinda puesta á la reja, testigo de nuestros amores. Conocióme Luscinda luego, y conocía yo; mas no como debia ella conocerme, y yo conocerla. Pero ¿quien hay en el mundo que se pueda alabar, que ha penetrado y sabido el confuso pensamiento y condicion mu-

dable (x) de una muger? Ninguno por cierto. Digo pues, que así como Luscinda me vió, me dixo: Cardenio, de boda estoy vestida, ya me están aguardando en la sala Don Fernando el traidor, y mi padre el codicioso, con otros testigos que ántes lo serán de mi muerte que de mi desposorio. No te turbes, amigo, sino procura hallarte presente á este sacrificio, el qual, si no pudiere ser estorbado de mis razones, una daga llevo escondida, que podrá estorbar mas determinadas fuerzas, dando fin á mi vida y principio á que conozcas la voluntad que te he tenido y tengo. Yo le respondí turbado y apriesa, temeroso no me faltase lugar para responderla: hagan, señora, tus obras verdaderas tus palabras, que si tú llevas daga para acreditarte, aquí llevo yo espada para defenderte con ella, ó para matarme, si la suerte nos fuere contraria. No creo que pudo oír todas estas razones, porque sentí que la llamaban apriesa, porque el desposado aguardaba. Cerróse con esto la noche de mi tristeza, púsoseme el sol de mi alegría, quedé sin luz en los ojos y sin discurso en el entendimiento. No acertaba á entrar en su casa ni podia moverme á parte

alguna; pero considerando quanto importaba mi presencia para lo que suceder pudiese en aquel caso, me animé lo mas que puede, y entré en su casa, y como ya sabia muy bien todas sus entradas y salidas, y mas con el alheroto que de secreto en ella andaba, nadie me echó de ver: asi que sin ser visto, tuve lugar de ponerme en el hueco que hacia una ventana de la mesma sala, que con las puntas y remates de dos tapices se cubria, por entre las quales podia yo ver, sin ser visto, todo quanto en la sala se hacia. ¡Quién pudiera decir ahora los sobresaltos que me dió el corazon mientras allí estuve! ¡los pensamientos que me ocurrieron! ¡las consideraciones que hice! que fueron tantas y tales, que ni se pueden decir, ni aun es bien que se digan: hasta que sepais, que el desposado entró en la sala sin otro adorno que los mesmos vestidos ordinarios que solia. Traia por padrino á un primo hermano de Luscinda, y en toda la sala no habia persona de fuera sino los criados de casa. De allí á un poco salió de una recámara Luscinda, acompañada de su madre y de dos doncellas suyas, tan bien aderezada y compuesta como su calidad y

hermosura merecian, y como quien era la perfeccion de la gala y bizarría cortesana. No me dió lugar ni suspension y arrobamiento, para que mirase y notase en particular lo que traia vestido, solo pude advertir á las colores, que eran encarnado y blanco, y en las vislumbres que las piedras y joyas del tocado y de todo el vestido hacian, á todo lo qual se aventajaba la belleza singular de sus hermosos y rubios cabellos, tales que en competencia de las preciosas piedras, y de las luces de quatro hachas que en la sala estaban, la suya con mas resplandor á los ojos ofrecian. ¡O memoria, enemiga mortal de mi descanso, de que sirve representarme ahora la incomparable belleza de aquella adorada enemiga mia! No será mejor, cruel memoria, que me acuerdes y representes lo que entonces hizo, para que movido de tan manifesto agravio, procure, ya que no la venganza, aloménos perder la vida? No os canseis, señores, de oir estas digresiones que hago, que no es mi pena de aquellas que puedan, ni deban contarse sucintamente y de paso, pues cada circunstancia suya me parece á mi, que es digna de un largo discurso. A esto le res-

pondió el Cura, que no solo no se cansaban en oírle, sino que les daba mucho gusto las menudencias que contaba, por ser tales, que merecían no pasarse en silencio, y la mesma atención que lo principal del cuento. Digo pues, prosiguió Cardenio, que estando todos en la sala, entró el Cura de la Parroquia, y tomando á los dos por la mano para hacer lo que en tal acto se requiere, al decir: *¿queréis, señora Luscinda, al señor Don Fernando que está presente, por vuestro legítimo esposo, como lo manda la Santa Madre Iglesia?* yo saqué toda la cabeza y cuello de entre los tapices, y con atentísimos oídos y alma turbada me puse á escuchar lo que Luscinda respondía, esperando de su respuesta la sentencia de mi muerte, ó la confirmación de mi vida. ¡Ó quien se atreviera á salir entónces, diciendo á voces: ¡ah Luscinda, Luscinda! mira lo que haces, considera lo que me debes, mira que eres mía, y que no puedes ser de otro. Advierte, que el decir tú, *si*, y el acabárseme la vida, ha de ser todo á un punto. ¡Ah traidor Don Fernando, robador de mi gloria, muerte de mi vida! ¿Que quieres? ¿que pretendes? Considera,

que no puedes christianamente llegar al fin de tus deseos, porque Luscinda es mi esposa, y yo soy su marido. ¡Ah loco de mí! ahora que estoy ausente y lejos del peligro, digo que habia de hacer lo que no hice: ahora que dexé robar mi cara prenda, maldigo al robador, de quien pudiera vengarme, si tuviera corazon para ello, como le tengo para quejarme: en fin, pues fui entónces cobarde y necio, no es mucho que muera ahora corrido, arrepentido y loco. Estaba esperando el Cura la respuesta de Luscinda, que se detuvo un buen espacio en darla, y quando yo pensé que sacaba la lengua para acreditarse, ó desataba la lengua para decir alguna verdad, ó desengaño, que en mi provecho redundase, oigo que dixo con voz desmayada y flaca: *si quiero*: y lo mesmo dixo Don Fernando, y dándole el anillo, quedáron en indisoluble nudo ligados. Llegó el desposado á abrazar á su esposa, y ella poniéndose la mano sobre el corazon, cayó desmayada en los brazos de su madre. Resta ahora decir, qual quedó yo, viendo en el *si* que habia oído, burladas mis esperanzas, falsas las palabras y promesas de Luscinda, imposibilitado de co-

brar en algun tiempo el bien que en aquel instante habia perdido : quedé fulto de consejo, desamparado, á mi parecer, de todo el cielo, hecho enemigo de la tierra que me sustentaba, negándome el ayre aliento para mis suspiros, y el agua humor para mis ojos : solo el fuego se acrecentó de manera que todo ardia de rabia y de zelos. Alborotáronse todos con el desmayo de Luscinda, y desabrochándole su madre el pecho para que le diese el ayre, se descubrió en él un papel cerrado, que Don Fernando tomó luego, y se le puso á leer á la luz de una de las hachas, y en acabando de léerle, se sentó en una silla y se puso la mano en la mexilla con muestras de hombre muy pensativo, sin acudir á los remedios que á su esposa se hacian, para que del desmayo volviese. Yo viendo alborotada toda la gente de casa, me aventuré á salir, ora fuese visto, ó no, con determinacion, que si me viesen, de hacer un desatino, tal que todo el mundo viniera á entender la justa indignacion de mi pecho en el castigo del falso Don Fernando, y aun en el mudable de la desmayada traidora ; pero mi suerte, que para mayores males, si es posible que los haya, me debe

tener guardado, ordenó, que en aquel punto me sobrase el entendimiento que despues acá me ha faltado : y así sin querer tomar venganza de mis mayores enenigos, (que por estar tan sin pensamiento mio (1), fuera fácil tomarla) quise tomarla de mi mano, y executar en mí la pena que ellos merecian : y aun quizá con mas rigor del que con ellos se usara, si entónces les diera muerte, pues la que se recibe repentina, presto acaba la pena, mas la que se dilata con tormentos, siempre mata sin acabar la vida. En fin, yo sali de aquella casa, y vine á la de aquel donde habia dexado la mula : hice que me la ensillase, sin despedirme dél subí en ella, y salí de la ciudad, sin osar, como otro Lot, volver el rostro á miralla : y quando me ví en el campo solo, y que la oscuridad de la noche me encubria, y su silencio convidaba á quejarme, sin respeto, ó miedo de ser escuchado ni conocido, solté la voz, y desaté la lengua en tantas maldiciones de Luscinda y de Don Fernando, como si con ellas satisficiera el agravio que me habian hecho. Dile títulos de cruel, de

(1) O, tan agenos de pensar en mí.

ingrata, de falsa y desagradecida, pero sobre todos de codiciosa, pues la riqueza de mi enemigo la habia cerrado los ojos de la voluntad para quitármela á mí, y entregarla á aquel con quien mas liberal y franca la fortuna se habia mostrado: y en mitad de la fuga destas maldiciones y vituperios la desculpaba, diciendo, que no era mucho que una doncella recogida en casa de sus padres, hecha y acosumbrada siempre á obedecerlos, hubiese querido condescender con su gusto, pues le daban por esposo á un caballero tan principal, tan rico y tan gentil hombre, que á no querer recibirle, se podia pensar, ó que no tenia juicio, ó que en otra parte tenia la voluntad, cosa que redundaba tan en perjuicio de su buena opinion y fama. Luego volvía diciendo, que puesto que ella dixera, que yo era su esposo, vieran ellos que no habia hecho en escogerme tan mala eleccion, que no la disculparan, pues ántes de ofrecérselos Don Fernando, no pudieran ellos mismos acertar á desear, si con razon midiesen su deseo, otro mejor que yo para esposo de su hija, y que bien pudiera ella ántes de ponerse en el trance forzoso y último de dar la mano, decir que ya yo

le

le habia dado la mia, que yo viniera, y concediera con todo quanto ella acertara á fingir en este caso. En fin me resolví en que poco amor, poco juicio, mucha ambicion, y deseos de grandezas hicieron, que se olvidase de las palabras con que me habia engañado, entretenido y sustentado en mis firmes esperanzas y honestos deseos. Con estas voces y con esta inquietud caminé lo que quedaba de la noche, y di al amanecer en una entrada destas sierras, por las quales caminé otros tres dias sin senda, ni camino alguno, hasta que vine á parar á unos prados, que no sé á que mano destas montañas caen, y allí pregunté á unos ganaderos, que hácia donde era lo mas áspero destas sierras. Dixéronme que hácia esta parte: luego me encaminé á ella con intencion de acabar aquí la vida, y en entrando por estas asperezas, del cansancio y de la hambre se cayó mi mula muerta, ó lo que yo mas creo, por desechar de sí tan inútil carga como en mí llevaba. Yo quedé á pie, rendido de la naturaleza, traspasado de hambre, sin tener, ni pensar buscar quien me socorriese. De aquella manera estuve no sé que tiempo tendido en el suelo, al cabo

111.

15



del qual me levanté sin hambre, y hallé junto á mí á unos cabreros que sin duda debieron ser los que mi necesidad remediaron, porque ellos me dixeron de la manera que me habian hallado, y como estaba diciendo tantos disparates y desatinos, que daba indicios claros de haber perdido el juicio: y yo he sentido en mí despues acá, que no todas veces le tengo cabal, sino tan desmedrado y flaco, que hago mil locuras, rasgándome los vestidos, dando voces por estas soledades, maldiciendo mi ventura, y repitiendo en vano el nombre amado de mi enemiga, sin tener otro discurso ni intento entonces, que procurar acabar la vida voceando, y quando en mí vuelvo, me hallo tan cansado y molido, que apenas puedo moverme: ni mas comun habitacion es en el hueco de un alcornoque capaz de cubrir este miserable cuerpo. Los vaqueros y cabreros que andan por estas montañas, movidos de caridad me sustentan poniéndome el manjar por los caminos y por las peñas, por donde entienden que acaso podré pasar y hallarlo, y así aunque entonces me falte el juicio, la necesidad natural me dá á conocer el mantenimiento,

y despierta en mí el deseo de apeteccerlo y la voluntad de tomarlo: otras veces me dicen ellos, quando me encuentran con juicio, que yo salgo á los caminos, y que se lo quito por fuerza, aunque me lo den de grado, á los pastores que vienen con ello del Lugar á las majadas. Desta manera paso mi miserable y extrema vida, hasta que el cielo sea servido de conducirla á su último fin, ó de ponerle en mi memoria, para que no me acuerde de la hermosura y de la traicion de Luscinda y del agravio de Don Fernando, que si esto él hace sin quitarme la vida, yo volveré á mejor discurso mis pensamientos: donde no, no hay sino rogarle, que absolutamente tenga misericordia de mi alma, que yo no siento en mí valor, ni fuerzas para sacar el cuerpo desta estrechez, en que por mi gusto he querido ponerle. Esta es, ó señores, la amarga historia de mi desgracia: decidme, si es tal, que pueda celebrarse con ménos sentimientos, que los que en mí habeis visto? y no os canséis en persuadirme ni aconsejarme lo que la razon os dixere, que puede ser bueno para mi remedio, porque ha de aprovechar conmigo lo que aprovecha la medicina

recetada de famoso médico al enfermo que recibir no la quiere. Yo no quiero salud sin Luscinda, y pues ella gusta de ser agena, siendo, ó debiendo ser mía, guste yo de ser de la desventura, pudiendo haber sido de la buena dicha: ella quiso con su mudanza hacer estable mi perdicion, yo querré con procurar perderme, hacer contenta su voluntad, y será exemplo á los porvenir, de que á mí solo faltó lo que á todos los desdichados sobra, á los quales suele ser consuelo la imposibilidad de tenerle (1), y es mas causa (2) de mayores sentimientos y males, porque aun pienso que no se han de acabar con la muerte. Aquí dió fin Cardenio á su larga plática, y tan desdichada como amorosa

(1) Alusion á la sentencia de Virgilio:

*Una salus victis nullam sperare salutem.*

que traducida por Gregorio Hernandez de Velasco dice así:

*Solo lei queda á los vencidos una  
Salud, que es no esperar salud alguna.*

(2) *Y en mi es causa*, parece que debería decir, y no: *y es mas causa*; que no hace sentido ninguno; y que sin duda es un yerro de imprenta cometido en las primeras ediciones.

historia, y al tiempo que el Cura se prevenia para decirle algunas razones de consuelo, le suspendió una voz, que llegó á sus oidos, que en lastimados acentos oyéron que decia, lo que se dirá en la quarta (7) parte desta narracion: que en este punto dió fin á la tercera el sabio y atentado historiador Cide Hamete Benengeli.

## CAPÍTULO XXVIII.

*Que trata de la nueva y agradable aventura, que al Cura y Barbero sucedió en la mesma Sierra.*

FELICÍSIMOS y venturosos fueron los tiempos donde se echó al mundo el audacísimo Caballero Don Quixote de la Mancha, pues por haber tenido tan honrosa determinacion, como fué el querer resucitar y volver al mundo la ya perdida y casi muerta orden de la andante caballería, gozamos ahora en esta nuestra edad necesitada de alegres entretenimientos, no solo de la dulzura de su verdadera histo-